

U.P.R., 17 de mayo de 1976

Querido amigo:

Espero poder ir a Estados Unidos en la primera semana de junio. Permaneceré allí unos ocho días. Deseo ver a mis hijos Beatriz y Diego, en Washington y Nueva York respectivamente; deseo sobre todo conversar con Vd. Llevaré unas cuartillas como base para confrontar puntos de vista y posiciones. No quisiera, sin embargo, molestarlo, ni tampoco a Priscilla. Hay seguramente algún hotel no muy lejos de su casa. Me acomodaré en él y nos veremos en sus momentos libres. Le ruego comunicarme qué días de la semana son para Vd. los menos ocupados. Ajustaré mi itinerario a su programa.

En la carta que me escribió, decía Vd. que nuestras trayectorias a veces se aproximan y otras se alejan. Desde luego, un pensamiento es siempre irreductible a otro. Como historiador de la filosofía y autor de un Diccionario, sabe Vd. bien que, al querer introducir un filósofo en un "ismo", se deja fuera la mitad del filósofo. Quizás sea útil, sin embargo, para comprender mejor divergencias y convergencias, recurrir a su tan sugestiva metáfora político-geográfica de los tres imperios filosóficos. De partida, Vd. y yo éramos súbditos del mismo emperador: la tradición filosófica del continente europeo con sus raíces griegas. Luego, ambos nos desplazamos, pero no en la misma dirección ni con igual decisión. Pienso a veces que Vd. emigró al extranjero y adquirió otra ciudadanía: la del imperio analítico. Se me ha aparecido, al leer algunos de sus libros (Cambio de marcha), casi como una "conversión". En mí ha sido diferente: sin abandonar mi ciudadanía inicial, he frecuentado más y más los habitantes de otra ciudad, hasta crear con ellos relaciones muy personales y hacer míos sus problemas. Así, he procurado cruzar la frontera —pero de ida y vuelta— entre mi lugar de origen y el imperio que se ha constituido en torno del pensamiento de Marx. Muchas circunstancias han influido en ello: muchos no son de carácter estrictamente filosófico, sino personal —y hasta familiar. Le hablaré de ello cuando estemos cerca. Comprendo bien, empero, que nada de esto es tan sencillo, que el alejamiento es más apariencia que realidad. Prueba de ello es el interés que siempre hemos conservado vivo por lo que el otro discurre, inventa, escribe. Acaso lo que mejor nos defina a Vd. y a mí sea el no estar instalados a gusto en ningún imperio ni poder hacerlo...

Tanto para que Vd. conozca desde antes de nuestras conversaciones algunas posiciones mías como en el deseo de cumplir lo que Vd. me pide para su Diccionario, le envío, en sobre separado, algunos escritos y un currículum al día. Entre los escritos está una conferencia dictada el semestre pasado sobre Marx como filósofo ("Sentido relativo de la contemporaneidad"). Se publicará en un volumen junto con otras de otros profesores y una mía sobre Epicuro, que también le envío en la espera de recibir sus comentarios críticos. Como apéndice a la primera, escribí una "Notas para un esbozo de antropología filosófica"; luego he resuelto no publicarlo. De aquí que haya reproducido algunos pasajes de él en otro ensayo, que va también, titulado "El Dios hermano". Se lo envío, pese a mi reticencia a publicarlo, porque en él (me refiero al apéndice) procuro dar cuenta de una cierta evolución de mi pensamiento. En verdad, lo que he publicado hasta ahora no me satisface en absoluto. Me siento, ahora sólo, en condiciones de dar a conocer el Opus I. Deberé explicarlo en algún testamento.

Felizmente, encontré, entre mis papeles sobre Epicuro, las hojas en que había anotado antes mis observaciones relativas a su escala antológica. Espero ir bien apertrechado a nuestro proyectado —y anhelado— diálogo.

Con afectuosos recuerdos para Priscilla, lo abraza su siempre amigo

[Signatura]

P.S.- Es probable que lo llame por teléfono en la semana próxima para saber sus preferencias de fecha.

Terminada el 20 de mayo.